

Utopía

Una aventura filosófica

Ana Alonso



ANAYA

1.ª edición: febrero 2019

© Del texto: Ana Alonso, 2019
© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2019
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

Ilustración de cubierta: David Sánchez

Diseño: Gerardo Domínguez

ISBN: 978-84-698-4836-4
Depósito legal: M-37534-2018
Impreso en España - Printed in Spain



Las normas ortográficas seguidas son las establecidas
por la Real Academia Española en la
Ortografía de la lengua española, publicada en el año 2010.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Utopía

Una aventura
filosófica

Ana Alonso

ANAYA

Índice

Capítulo 1	11
Capítulo 2	19
Capítulo 3	27
Capítulo 4	39
Capítulo 5	49
Capítulo 6	59
Capítulo 7	67
Capítulo 8	77
Capítulo 9	87
Capítulo 10	93
Capítulo 11	101
Capítulo 12	113
Capítulo 13	121
Capítulo 14	127
Capítulo 15	133
Frases para recordar	141
Términos para recordar	143

*A mi padre, José María Conejo,
que me enseñó a amar la Filosofía.
Y a todas las personas que todavía recordáis
sus maravillosas clases en el instituto.*

Capítulo 1

—Lía, despierta. Hay que bajar del autocar. A partir de aquí, seguimos en todoterreno.

Abro los ojos y me encuentro con el rostro bronceado de Raquel, la monitora del campamento. Antes, cuando nos la presentaron en el pueblo de Ferreríes, me pareció que sonreía demasiado. Y encima nos dio la bienvenida con un montón de estupideces sobre la «energía positiva» y el disfrutar del ahora y la tolerancia a la frustración... Casi vomito con tanta cursilería.

Ahora, sin embargo, no sonrío, y me repite con firmeza que me baje de una vez. Vaya, no ha tardado mucho en mostrar su verdadero rostro: el de una carcelera, porque eso es lo que representa para todos los que estamos aquí. Ninguno de nosotros es tan idiota como para no darse cuenta de que este bonito campamento en un rincón aislado de Menorca está diseñado, en realidad, como una prisión para adolescentes que dan problemas. En su página web (porque tienen página web y todo) lo venden como un «regalo de calma y serenidad para enseñar a los jóvenes a superar las adicciones a las

nuevas tecnologías y reconectar con la naturaleza». Ajjj. Detesto ese lenguaje de libro de autoayuda. Y el nombre del campamento... Es que te tienes que reír. Se llama Utopía. Utopía, nada menos. Todo el mundo sabe que una utopía es una especie de mundo ideal que nunca se hace realidad. O sea, que están reconociendo ya desde el principio que todo esto es utópico y no lleva a ningún lado. No nos van a cambiar por tenernos castigados unos días en mitad de ninguna parte. Que, es, por cierto, el significado primitivo de la palabra «utopía»: «No lugar». Un sitio que no existe.

Por desgracia, este «no lugar», efectivamente, no existe para las redes de telefonía móvil. Aquí ninguna compañía tiene cobertura. Ya me lo habían dicho, pero aun así he querido comprobarlo. Lo primero que he hecho al bajarme del autobús ha sido sacar el móvil. Cero conexión. Es increíble. Eso significa cero música en *streaming* durante todos los días que dure la tortura esta. Pero claro, se supone que es justamente la idea. Mis padres me lo dejaron claro. «Vas allí por eso, Lía. Porque necesitas desconectar». Más palabrería barata.

Me parece estar viendo a mi madre soltándome ese discurso con cara de funeral mientras mi padre, detrás, asentía con la cabeza. Y me lo dicen ellos, que están más enganchados al móvil que yo. Hasta mientras comemos tienen el móvil al lado del plato, no vaya a ser que se pierdan una alerta de wasap o de Instagram, en

el caso de mi madre... Y sin embargo, parece que soy yo la que tiene un problema.

Todo se debe a un maldito descuido. Bueno, más de uno... Quizá hayan sido dos... no, tres veces. Cuando me pongo a ver vídeos en youtube, pierdo la noción del tiempo. Voy saltando de una canción a otra, y a veces no me fijo en el consumo de datos. Total, que me he pasado los últimos tres meses. Y a través de la app de la compañía he comprado unos cuantos gigas extras.

No pensé que mis padres se fueran a dar cuenta, la verdad. Como ellos compran tantas apps y suscripciones con la cuenta familiar... Además, tampoco me pareció tan grave. Es dinero, sí, pero yo no gasto demasiado en ropa ni en otras cosas. Pensé que si me decían algo, les podía ofrecer que me lo descontaran del regalo de cumpleaños. No sé por qué, la idea no coló. Yo creo que el problema es que me ven como una adicta. Para ellos, ver vídeos de youtube es malo en sí mismo. El contenido de los vídeos es lo de menos. Da igual que veas al youtuber más impresentable del planeta (que es lo que suele hacer mi hermano) o que te dediques a buscar actuaciones en directo de tus grupos favoritos: para ellos no existe ninguna diferencia.

Total, que aquí estoy, con otros cinco desgraciados como yo a los que sus padres han querido castigar este verano. La cosa pintaba mal desde que me despedí de mis padres en Mahón para unirme al grupo. Y empeoró cuando, en Ferrerías, nos detuvimos para recoger a los

tres últimos alumnos del campamento. Porque resulta que una de ellas era Beatriz. Justamente Beatriz, la chica más creída e insoportable de mi clase.

Pensándolo bien, no creo que sea una casualidad. Su madre y mi madre se conocen de algo relacionado con el trabajo (mi madre es periodista y la suya se dedica a la moda, creo). Total, que una de las dos debió de hablarle de este campamento a la otra. Ya le preguntaré a mi madre de quién fue la idea cuando la vea.

Tampoco tengo muy claro qué hace Beatriz aquí. Se supone que todos los reclusos de Utopía tenemos problemas de adicción a las TIC. Seguramente lo suyo sea Instagram, tiene toda la pinta de ser la típica que se pasa el día colgando fotos de sus modelitos para que la gente le ponga corazones y sentirse eso que llaman una *it girl*. De todas formas, lo más probable es que no tarde en enterarme. Seguro que lo primero que hacemos cuando lleguemos al albergue, en una zona llamada el Barranco, es presentarnos delante de nuestros compañeros. Y nos harán contar en voz alta el motivo de nuestra participación en el programa Utopía. Una confesión detrás de otra, en plan Alcohólicos Anónimos... Me entran sudores fríos solo de imaginarlo.

El trayecto en todoterreno hasta el lugar donde vamos a dormir se me hace bastante largo. El vehículo pega botes en los baches que nos hacen golpearnos unos contra otros, a pesar de los cinturones de seguridad. Yo comparto coche con Raquel, un chico que se

llama Nelson, Beatriz y otros dos que no me han dicho sus nombres. Beatriz y yo no nos hemos saludado, como si no nos conociésemos. Tengo la sensación de que a ella le ha hecho tanta ilusión encontrarme aquí como a mí coincidir con ella.

Y llegamos por fin. Menos mal, me duelen todos los músculos del cuerpo por el traqueteo del *jeep*. Cuando bajamos, noto una ligera sensación de mareo. Miro alrededor. Estamos entre dos paredes de roca tapizadas de vegetación hasta la mitad de su altura, aproximadamente.

La combinación del verde de las plantas con el color dorado de la piedra es extraña y bonita. Quiero decir... bonita para verla unos minutos y después volverte a tu casa a hacer cosas realmente interesantes. ¡No para quedarse encerrado aquí!

Raquel señala con una sonrisa de éxtasis a unas aves que planean en círculos sobre nosotros. Están muy altas. Sus siluetas oscuras se recortan majestuosas contra el azul intenso del cielo.

—Buitres —susurra—. No sé si habéis leído la información en la web, pero esto es una reserva natural y hay varias especies de aves protegidas.

En ese momento, no sé por qué, me mira directamente a la cara.

—¿A ti te interesan los pájaros, Lía?

No sé a qué viene esa pregunta. En todo caso, no voy a contestar lo que ella espera solo para quedar bien.

—Los pájaros me parecen ratas voladoras y no me importaría que se extinguiesen —digo, desafiante—. Son estúpidos, no tienen cerebro. Para mí sobran.

Los demás me miran asombrados. Hay un chico alto que lleva una camiseta muy gastada de Spiderman y que me clava una mirada horrorizada, como si acabase de insultar a su padre o algo así.

En fin... a lo mejor me he pasado. Pero da igual, en el fondo es mejor que todos sepan de qué voy desde el primer momento. A mí no me van a vender este «buenrollismo» de amor a la naturaleza y a todos nuestros semejantes. Yo no voy de eso.

Raquel es la única que no parece escandalizada por lo que acabo de decir. Sin perder la sonrisa, continúa hablando.

—Pues aquí las aves son las reinas, y estamos obligados a seguir unas normas para no asustarlas ni incomodarlas. Hay que evitar los ruidos estridentes, sobre todo cuando estamos en el exterior. Por eso se recomienda hablar en voz muy baja o en susurros. Y también, en algunos momentos, practicar el silencio consciente. Por ejemplo, durante las comidas, que se sirven en el porche. Ya veréis cómo se disfruta de los alimentos cuando no te distraes hablando.

Se me escapa un suspiro de alivio. Al menos eso es una buena noticia. Yo lo que quiero es que esto pase cuanto antes y volver a mi vida normal. No me interesa hacer amigos. Ninguno de los compañeros tiene pinta

de escuchar la música que yo escucho, así que no vamos a conectar. Punto. Y las normas de Raquel me lo ponen fácil si quiero pasar de ellos. En lo que se refiere a mí, cuanto menos tenga que hablar con los demás, mucho mejor.

Lía tiene fama de chica problemática y conflictiva. Este verano participa en un campamento de desintoxicación para adolescentes enganchados a las nuevas tecnologías.

Aislados del mundo, en un impresionante paraje natural de Menorca, los jóvenes participantes pronto descubren que su experiencia va a resultar diferente de lo que esperaban. Para empezar, la primera noche aparece un pájaro muerto en la cama de la monitora. Y todos los dedos señalan a Lía como la culpable... Para defenderse, tendrá que encontrar buenos argumentos.

¿Quién será el responsable?



ANAYA

www.anayainfantiljuvenil.com

ISBN 978-84-698-4836-4



9 788469 848364

1562537